

SALMO AL SEÑOR DEL MILAGRO DE SALTA

*Al Excmo. Sr. Arzobispo de Salta,
Mons. Roberto J. Tavella.*

I

ALABAD al Señor, cielos de añil, cumbres de nieve y
[valles de verdura;
Alabad al Señor, fieras y pájaros, árboles y flor
silvestre en la montaña,
Porque El, desde el principio, en Ti puso sus ojos
Y te eligió entre todas, bella tierra de Salta,
Para que fueras escabel del Señor del Milagro,
Que en ti encontró deleite con eternas miradas.

II

Desde más allá del Sol y las estrellas
La mente redentora su Cruz sobre los mundos contemplaba:
Y es el cuerpo divino, estirado largo a largo,
El Andes, crucificado el granito, por todas las almas;
Y sus brazos, Amazonas fluentes, vuelcan por el costado,
El mar de su misericordia y de su gracia.

III

Y la Cruz, el signo del oprobio, que será santificado,
Se difunde, leña o piedra, por tierra americana.
La preanuncia el cóndor, que ebrio de infinito,
Entre cielos y tierra abre la cruz de sus alas;
La profetiza el Inti, que extiende brazos de oro
Y a las gentes en la comunión de su calor abraza.
Hasta tus montañas están en arrobamiento,
Hacia las estrellas contemplativas la cara,
Mientras elevan las manos de sus cardones
A la Cruz del Sur, en silenciosa plegaria:
Desde el vientre del caos
Ya venías predestinada
Con la Cruz en la frente,
Bella tierra de Salta.

IV

Y cuando se cumplieron los tiempos y el Verbo se hizo carne;
Y se va a inmolar en la Cruz por nuestras manchas;
Para acompañarlo en los Olivos, desde aquí llorarías sangre,
Compendio de su Calvario, en la flor de tus pasionarias;
Y al verlo expirar en la Cruz al autor de la belleza,
También revolverías en terremoto de dolor tus entrañas.

V

Cuando aquel valeroso y tenaz Diego de Rojas,
Inspirado por su estrella heroica y trágica,
Quería abrirse paso al Tucumán ignoto,
Tú le enseñaste la magnífica portada
Y le ofreciste el regazo, tibio y suave de los valles,

En que se acunan tus montañas.
Y el gran señor de la conquista
Franqueó la Puerta de Humahuaca
Y tu seno palpitó en júbilo
Como si fueras a ser desposada,
Porque él traía en mensaje sublime,
La Cruz, anillo de esponsales celestes,
Que venía al lado de su espada,
La Cruz, que viste en la profecía de tus sueños indios,
La Cruz, que te iba a hacer para siempre cristiana.

VI

Y por fin, aquel extraño caballero Hernando de Lerma,
Tras funestas fundaciones de anteriores andanzas,
Te trazó el signo de la Cruz en la frente,
Cuando, junto al rollo y la picota,
Clavó la Cruz en la fundación de tu plaza.

VII

Luego pasan y pasan por tu camino hospitalario
Los misioneros, que santifican tu suelo con sus plantas,
Echando las semillas para que nazcan pueblos cristianos,
Y brote, sentada en Dios, nuestra ciudad indiana.

VIII

Tu predestinación se cumplió a maravilla
Y en feliz día flotaron sobre las procelosas aguas
Hacia el Callao, conducidos a remos de ángeles,
Los dos cajones, que traían en celeste carga
La Virgen del Milagro para Córdoba,
Y el Señor del Milagro para Salta:

¡Oh prodigio, que hace temblar mis filiales afectos,
Porque Tú, bella tierra de Salta, por excelsa prosapia,
Te hermanaste en la dulce comunión del milagro
A Córdoba, mi clara ciudad de las campanas!

IX

Un día, trágico día, se abrieron las mil bocas de la tierra,
Furibunda por el fuego que le devora las entrañas;
Y el terremoto, Sansón que sacude los cerros,
Traga a las gentes con las almas erizadas.
Y se consumió maldita la ciudad del Esteco,
Suelos los elementos, aire, tierra, fuego y agua.
¡Oh Dios terrible! ¿Qué pecado cometieron los hombres,
Que ha rebasado el mar de tus fuentes magnánimas;
Que te obligó a empuñar el terremoto,
Como el tremendo látigo de tus iras santas?
¿Para qué glorificaste a tu ciudad querida,
Con el privilegio de tu Cruz, si vas a exterminarla?
¿Te has olvidado de tus antiguas misericordias?
—¡Piedad! ¡Piedad! — la muchedumbre clama,
Porque el terremoto azota cada vez más violento.
Se flagelan los cuerpos, se compungen las almas
Y en procesión veneran la Imagen, que le enviaste,
En prenda de tu paz, nueva arca de la alianza,
Y lloran sus pecados y a ti vuelven sus ojos:
Oh Cruz, ave; spes única! — la última esperanza;
Y, oh Señor del Milagro, realizaste el milagro!
El terremoto, león que huye corrido a su caverna,
Se fué gruñendo al antro de sus fuerzas extrañas.

X

A la buena sombra de la Cruz te has sentado,
Ciudad de Dios, tus cimientos sobre piedras cuadradas:

Para ahogarte de una vez el calchaquí rebelde,
Contra el triste puñado de tus hombres se alza;
El soplo de un espíritu maligno movía los cerros,
Que se sacudían crispados de flechas y de lanzas:
Quién acudirá en tu socorro, si el indio te ha cercado,
Envolviéndote en los anillos de una inmensa ampalagua?
Contra todo enemigo la Cruz es fortaleza:
Oh Señor, Dios de los Ejércitos, sólo tu diestra magna,
Pudo librar a tu ciudad en el foso de sus leones
Y por el signo de la Cruz venció y quedó salvada.

XI

Porque fuistes muy noble y muy fiel al augusto Madero,
Belgrano lo trazó con el fuste de la bandera recién creada,
Que clavó a la margen del río sagrado,
Y lo cruzó con el acero de honor de su espada
Para que fuera tu tierra la escena del gran Juramento;
Y la Cruz acristianó la frente de la nueva Patria:
Al reflejar en otro Tabor los colores blanco y celeste,
Se estremecieron con más amor las cerriles aguas.

XII

Y el San Bernardo, montón de estratos de tus generaciones,
Sobre tus noches y tus días empuña la Cruz blanca:
Es el Esposo del Cantar de los Cantares que vela,
Mientras duerme el corazón de la ciudad amada.

XIII

¡Oh Cruz, que por exceso del amor divino,
Has dejado de ser el leño de la infamia!
Y porque te tocaron las manos creadoras

Has reverdecido en árbol de inmortal savia;
Y el poder de tu sombra es tan portentoso
Que sólo por ti se limpian nuestras manchas:
Que nuestro corazón sea la flor del aire,
Que se adhiera a tu costado con la raíz de sus ansias,
Para que nutrido con jugos de eterna vida,
Florezca en el misterio perfumado de tu gracia.

XIV

Porque a la Cruz de tus mayores,
Has sido y serás muy leal: seas glorificada
Ahora y en los siglos de los siglos,
Bella tierra de Salta!

